



ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



GIGANTES CONTRA TITANES UNAS FAMOSAS OPOSICIONES

por el

Profesor Dr. EDUARDO GARCIA DEL REAL

Do de la Real Academia de Medicina (Instituto de España).

Cristóbal de Vega, una de las más ilustres figuras de la Medicina española del siglo xvi, licenciado y doctor en Medicina por la Universidad complutense (1533 y 1545), licenciado anteriormente en Artes y Filosofía, probablemente por la Universidad de Salamanca, fué nombrado, el 3 de junio de 1545, por el rector y los consiliarios, *ad vota scholarum*, catedrático de Medicina en Alcalá.

Ganó muy pronto autoridad y fama como hombre de estudios, como médico y como profesor, y consiguió gran influencia entre escolares y profesores.

No debió emplear siempre del modo debido esta influencia, como, al parecer, lo demuestran las quejas que contra él se elevaron, y que constan en los expedientes. (Expedientes de cátedras de Medicina de 1555 a 1640.)

De ellos, el más interesante es el que hace referencia a las oposiciones realizadas entre Cristóbal de Vega y Francisco Valles de Covarrubias, el Divino.

Empieza este expediente por una representación al rector, de Alvaro de Toro, en nombre del opositor doctor Francisco Valles, pidiendo la inhabilitación de otro opositor, el doctor Cristóbal de Vega, por no haber guardado el término de la reclusión legal, pues con pretexto de visitar enfermos, anduvo libremente por Alcalá, sobornando estudiantes con voto, visitando al rector y hablándole en secreto y paseando con otras personas.

Firmó también la denuncia, que fué presentada el 25 de mayo de 1555, el doctor Valles; pero no produjo efecto, pues se admitió a la oposición a Vega, por lo que Valles presentó escrito de protesta y de recurso ante S. M. y el Consejo, protesta que fué repetida con demanda de que se suspendiesen los ejercicios.

En escrito del doctor Saavedra, apoderado de Vega, se negaron las excepciones alegadas por su contrario.

Cruzaron uno y otro nuevos escritos y réplicas. En uno de ellos dice Cristóbal de Vega que si los caballeros y otras personas se movieron en su favor «como se ha movido todo el pueblo afeando semejante cosa como el dicho doctor Valles ha hecho», fué sin intervención del dicente, quien tampoco tuvo necesidad de intervenir en la votación de los estudiantes, tan favorable para el mismo. Recuerda que Valles fué discípulo suyo, mientras él tenía hechas sus pruebas, porque «sin cesar yo he trabajado y escrito y practicado tantos años con la habilidad y diligencia que es notorio».

Visto este pleito, falló el rector, Marcos Sánchez, paisano de Vega, admitiendo a prueba lo alegado, comenzando las informaciones el 17 de junio de 1555, conforme a interrogatorios propuestos por ambas partes, siendo uno de los capítulos de Valles el que cuando en los ejercicios de oposición dió él su lección, hubo conjura para que le faltase público, y, en cam-

bio, cuando leyó Vega acudió mucha gente y hubo soborno para que resultase un triunfo la lección de éste.

De los interrogatorios y sus respuestas aparece que hacía más de veintidós años que se había graduado Vega en la Universidad, que fué luego regente de una cátedra en la de Salamanca, que ahora llevaba doce años continuos en Alcalá, sin haber sufrido multas por falta alguna; «que así para leer en escuelas como para escribir ha sido y es habido y tenido en toda España y fuera de ella por uno de los más eminentes que hay, a lo menos fuera de los antiguos, y ha escrito también a tanto aprovechamiento de las Universidades y repúblicas de España y fuera de ellas». En efecto, ya se habían impreso libros suyos en el extranjero, donde tenía justa fama, como recuerda el editor de sus obras en Lyon.

Resulta también que Vega era excelente latino y griego y filósofo, mientras que Valles, «aunque de alguna habilidad», dice un testigo, era muy mozo y de los discípulos más modernos de aquél.

Dijeron algunos que si Valles se oponía a la cátedra, no lo hacía con esperanza de ganarla, sino para conseguir gloria, conteniendo con adversario tan eminente, lo que no había sido bien visto por los doctores, escolares y ciudadanos.

Dijeron también que si el día de la lección de Valles los estudiantes tocaron, dentro del local, «chirimías y sacabuches», Vega no había tenido parte en ello, pues fué acto de caballeros y otras personas que tenían escondida la música, y, por último, que las visitas de Vega al rector fueron por llamamiento de éste y por hallarse enfermo con dos sangrías.

La cátedra disputada era interinamente leída por Vega; pero Valles también llevaba ya tres años explicando Medicina. Teníase también Valles por humanista, y aun en su contrainterrogatorio se dice que era mejor latino y griego que su contrario, y algunos de los testigos favorables a él no ocultan que Valles era de «bonito ingenio».

Pero la corriente general de las alabanzas era favorable a Vega. Dijeron de él que era hombre templado en comer y beber, de notoria virtud y de estudio incomparable, y un testigo—todos eran catedráticos, doctores, médicos y gente principal—aseguró haberle visto estudiar diecisiete horas diarias, y que le parecía cosa de burla decir que Valles era tan conoecedor de las lenguas sabias como Vega, y que la enemistad de aquél contra éste procedía del mal lugar que le había dado en las licencias.

Todavía dijo más el doctor Quadra, y fué que Valles sólo tuvo dos votos de «dos mancebitos que salen con su mujer cuando va a alguna parte, apasionados...» Hasta a indicaciones tan atroces como ésta arrastraba el apasionamiento de aquellas luchas académicas.

Cristóbal de Vega fué hombre notable en la teoría y la práctica de la Medicina; mostró sus grandes dotes de humanista traduciendo directamente los clásicos griegos de Medicina y escribiendo en latín con elegancia y pureza ejemplares. Su fama fué extraordinaria, y muchas de sus obras fueron editadas en el extranjero antes que en su patria.

Francisco Valles de Covarrubias es, tal vez, la figura más notable de la Medicina española en su Siglo de Oro. Comenzó su profesorado explicando a Galeno con tanta brillantez, que muy pronto fué designado como «El alma de Galeno» y «El Galeno español».

Habiendo enfermado, por septiembre de 1580, el Rey, y siendo su dolencia tan grave que el duque de Alba tomaba ya sus medidas para que al fallecimiento del Rey, la Reina y el Príncipe pasaran a Portugal, conquistado a la sazón, a fin de que no se perdiera, fué llamado Valles a la cámara real, y dispuso la administración inmediata de un fuerte purgante. Los otros médicos le contrariaron, alegando que no podía purgarse por encontrarse en ese momento la luna en oposición. Valles, cerrando la ventana, contestó irónicamente: «Lo haré tan quedito, que la luna no se entere.»

Esta curación, tan discreta como aventurada para aquellos tiempos, valió al doctor el cargo de primer médico de cámara y el título de protomédico de todos los reinos y señoríos de Castilla.

Terminado el monasterio de El Escorial, al tratar el Rey de formar la biblioteca, asoció a Valles a Benito Arias Montano y a Ambrosio Morales, encargados de esta misión.

Declarada en la villa de Covarrubias una epidemia de peste, y llegada la noticia a Valles, pasó éste a su pueblo natal, con el fin de emplear todos los medios a su alcance para atajar el mal, ordenando, en primer término, el derribo de las murallas, y prestando otros servicios, que recompensó el Concejo disponiendo que una de las calles de la villa llevase el nombre de «El divino Valles».

En junio de 1592 juntáronse, por orden del Rey y sin su presencia, según costumbre, las Cortes de Aragón en Tarazona; pero se dispuso el Rey a ir a ellas, contra el consejo de Valles, quien opinaba no convenir en aquellos momentos el cambio de aires al monarca. Este se obstinó y partió, por Medina del Campo y Valladolid, a Burgos, llevando consigo muchos dignatarios y también a su médico de cámara.

Llegaron a la capital de Castilla a mediados de septiembre, hospedándose en el convento de San Agustín para hacer la novena al Santísimo Cristo de Burgos, que la Infanta había prometido por la grave enfermedad padecida por el Rey.

En Burgos, a la sazón, reinaban graves enfermedades, especialmente la peste, de tal modo, que hasta el 30 de septiembre, día en que la corte salió para Tarazona, fallecieron el conde de Buendía, el médico de cámara doctor Victoria y su ilustre compañero el doctor Valles, nuestro biografiado.

Había vivido sesenta y siete años, once meses y quince días, siendo sepultado en una de las capillas del colegio de San Ildefonso, de Alcalá de Henares.

Valles es, en colaboración con el anatómico Pedro Gimeno, el iniciador de los primeros ensayos de anatomía patológica, en sus lecciones y comentarios sobre la obra *De locis patientibus*.

Sus comentarios a las obras de Hipócrates son de tal modo famosos, que hicieron decir a Boerhaave que si se pudiese creer en la transmigración de las almas, había que admitir que el alma de Hipócrates había reencarnado en Valles.

Albrecht von Haller, entre la numerosa serie de comentaristas y defensores del hipocratismo, como Leoniceno, Linacre, Mercurial, Fernel, etc., citaba especialmente los comentarios de Valles, cuya lectura recomendaba a su hijo, recordándole que habían sido escritos por un hombre designado con el nombre de *Divino*.

Próspero Martien dice que para llegar a comprender bien el libro *De las epidemias*, de Hipócrates, era necesario estudiar antes y por espacio de mucho tiempo los comentarios del español Valles, uno sólo de los cuales—según Zacuth Lusitano—valía por mil de los otros comentarios de otros autores.

El mismo Sprengel, que no suele ser pródigo en alabanzas a los españoles en general, ni a Valles en especial, dice que nadie ha comprendido tan bien la medicina de los árabes, ni ha sabido exponerla con tanta perfección como Valles.

La importancia y el mérito de Valles se revela también en el hecho de haberse reeditado repetidas veces sus *Comentarios* en diferentes ciudades europeas: Colonia, Turín, Padua, Francfort, Basilea, Hannover, Nápoles, París, etc.

Con ser tan extraordinaria la fama de Valles como médico, es, según afirma Menéndez y Pelayo, mucho mayor la que ha alcanzado como filósofo.

A los treinta y dos años publicó su primera obra filosófica, que lleva el título de *Controversiarum medicarum et philosopharum libri decem...*, etc. (Alcalá, 1556, 1563, 1583, 1585; Francfort, 1582, 1590, 1595; Colonia, 1592; Basilea, 1590; Venecia, 1591; Hannover, 1606, y Lyon, 1626).

Expone en los dos primeros libros las cuestiones comunes a filósofos y médicos, relacionadas con los elementos, cualidades de los cuerpos, etc. Critica severamente las disputas silogísticas y el método de enseñar entonces en las escuelas, que encuentra estéril y ridículo. Se inclina a la filosofía peripatética, aunque tiende a armonizarla con la de Platón, creando una filosofía aristotélico-platónica.

Al año siguiente publica su obra maestra, que le ha dado la inmortalidad en el campo de la Filosofía:

De iis quae scripta sunt physice in libris sacris, sine de Sacra Philosophia, etc. (Turín, 1587; Lyon, 1588; Francfort, 1590; Lyon, 1582, 1595; Francfort, 1608; Lyon, 1623).

Esta obra, una de las más notables de la filosofía española, merece un detenido estudio, que no queremos hacer ahora.

Hemos visto qué injusto fué el fallo del Tribunal de las oposiciones a que aludimos al principio, y qué equivocados—como siempre—estuvieron los estudiantes en su intervención.

Ello no quiere decir que no fuese grande el mérito de Vega, aunque la Historia le haya dejado muy por debajo de Valles.

En aquellos tiempos de máxima brillantez de nuestra ciencia—aunque inmediatos ya a la progresiva decadencia española—luchaban grandes talentos unos contra otros.